

Revista Electrónica de Psicología Social «Poiésis»

ISSN 1692-0945

Nº 18 – Diciembre de 2009



INMORTALIDAD FANTASEADA: IDENTIDAD LOGRADA

Carolina Londoño

Estudiante de Psicología-Funlam

Pequeña del amor, tú no lo sabes,
tú no puedes saberlo todavía,
no me conmueve tu voz
ni el ángel de tu boca fría,
ni tus reacciones de sándalo
en que perfumas y expiras,
ni tu mirada de virgen
crucificada y ardida.

No me conmueve tu angustia
tan bien dicha,
ni tu sollozar callado
y sin salida.

No me conmueven tus gestos
de melancolía,
ni tu anhelar, ni tu espera,
ni la herida
de que me hablas afligida.

Me conmueves toda tú
representando tu vida
con esa pasión tan torpe
y tan limpia,
como el que quiere matarse
para contar: soy suicida.

Hoja que apenas se mueve
ya se siente desprendida:
voy a seguirte queriendo
todo el día.

Este es un bello poema del escritor Jaime Sabines y deseo utilizarlo para ilustrar cómo la palabra “suicida” se ha tornado en un concepto que confiere una identidad clara y diferenciada de otras.

Inspector, policía, médico, abogado, bombero, son todas estas profesiones que adjudican una identidad a quienes están el ejercicio de una labor. ¿Pero qué sucede, si a estas identidades agrego una más, y esta es la de “suicida”? ¿Se habría pensado alguna vez esta denominación como una identidad? Tal vez no.

Pues bien. Para poder asegurar que el suicidio también confiere identidad a aquellas personas que lo intentan y fallan o que en el intento logran su cometido, es necesario revisar brevemente qué elementos o qué procesos pasan para que ciertos aspectos o conceptos sean vividos por uno mismo y reconocidos por otros como una identidad.

Tal como propone el interaccionismo simbólico, el self puede ser entendido como un producto de las interacciones sociales, interacciones que están mediadas por la cultura, el lenguaje, las propias vivencias y demás. De esta manera las identidades o identificaciones son el resultado de este proceso.

Y esto sucede en virtud –y apoyando lo anterior– de lo que se constituye como la segunda premisa del interaccionismo: “El significado de las cosas se deriva o surge como consecuencia de la interacción que cada cual mantiene con su prójimo”.

Entonces, si tenemos en cuenta esto anterior, se podrá comprender cómo cierta actividad o práctica puede conferir una identidad específica, lo que se puede comprobar cuando alguien dice: es que es un “suicida”, y es una identidad porque lleva asociada una práctica que la convierte en tal, práctica que ha sido “avalada”, compartida, nombrada, o aceptada por los demás.

Ahora bien, junto al deseo de hacerse a una identidad o a otra identidad, hay un aspecto que se ha tornado vital en muchas de las

personas que han manifestado intencionalidad suicida y esta es la de la inmortalidad, tal vez no en el sentido religioso, sino en el sentido afectivo, es decir, en la manera en que esta puede constituirse en la única forma de hacerse a un lugar en el deseo de un otro significativo y esto se ve claramente en el discurso de los familiares de aquellas personas que han dado fin a su vida por sus propios medios y por voluntad propia. Es común ver en el discurso del otro, una revalorización de la imagen del suicida, hay una “escisión” del ser del sujeto, donde prevalece la parte buena y la mala es desechada u olvidada, por ejemplo, “es que ya no importa lo que hizo, lo recuerdo con amor y sigo creyendo que era un gran muchacho” o “Fue muy valiente al tomar esa decisión, porque al fin y al cabo era su vida y su sufrimiento lo que estaba en juego”, comentaban algunas de las personas que asisten a la unidad de duelo de la funeraria San Vicente. Pero esto sucede con quienes han tenido una persona cercana que se ha suicidado, pues quienes lo piensan no tienen forma alguna de corroborar, a menos que sea por comentarios previos, que después de su muerte esto vaya a ser así de manera irremediable. Es por eso, que una parte de este escrito es Inmortalidad fantaseada.

Sullivan, en su libro “Estudios clínicos sobre psiquiatría” propone que “La idea de que el mero hecho de suicidarse dejará una huella *permanente* en otro es en sí misma fantástica”. Esta idea entonces, se convierte en una realidad para el sujeto, en un deseo que respalda su objetivo o lo que sería una tentativa de este, pero podríamos decir que es una “realidad simbólica”, pues median elementos de una realidad objetiva (comentarios previos de personas con familiares que se han suicidado o experiencias cercanas) y elementos de una realidad subjetiva, que sería la Fantasía que ha tejido el sujeto en torno a su deseo.

Pero esto no se puede dar sin un elemento que se constituye como un facilitador de esta asignación de la nueva imagen del suicida: la

culpabilización por parte de los familiares cercanos de quien comete el acto. En esta vía suceden tres cosas: la primera es que el suicida ha resultado ser víctima de otra persona, en este sentido, se produce una sobrevaloración de la identidad del sujeto, quedando así redimido también él, de toda culpa; lo segundo es que el acto cometido pasa a ser causa de una enfermedad mental, siendo al final culpa de ésta, siendo víctima de nuevo el sujeto, pero ahora de un trastorno afectivo y finalmente el suicida ha sido víctima de unas circunstancias sociales, resultando todos culpables.

Es entonces como la fantasía de la inmortalidad, se traduce en un elemento fundamental en la intención de una persona que quiere quitarse la vida, pues esta fantasía precede claramente al intento y en muchas ocasiones es ella misma la que le da sentido a la ideación, además de cumplir también un rol de estabilizadora de la imagen de quien se suicida.

Veamos lo siguiente: en las entrevistas realizadas en la primera parte de la investigación “Dimensión psicosocial del intento de suicidio en adolescentes de 10 instituciones públicas de Medellín a luz del interaccionismo simbólico” se le pregunta a los y las jóvenes entrevistadas lo siguiente ¿qué te imaginabas que iba a ocurrir después del intento de suicidio?, pues bien, varias de las respuestas fueron: “Que ellos supieran que yo valía mucho” (C01 002), “Que ahí si todos iban a lamentarse y se iban a dar cuenta lo mucho que valía y que no me aprovecharon” (C03-003).

De esta manera se puede evidenciar cómo hay una fantasía que precedía a la ideación suicida, hecho que invariablemente era lo que prendía de sentido al intento mismo, pues pocas de las personas entrevistadas en este campo respondieron que su intento carecía de sentido alguno.

Es así como se logra atisbar entonces la necesidad y el deseo de adquirir una identidad, si no una nueva identidad, en la que se restablezcan los aspectos buenos del sujeto, imagen que teniendo ahora connotaciones positivas podrá perdurar a través del tiempo y las circunstancias en el afecto de los otros significativos, hecho que dota completamente de sentido a la ideación suicida del sujeto.

BIBLIOGRAFÍA

BLUMER, Herbert. (1982). *El Interaccionismo simbólico, perspectiva y método*. Barcelona Hora D.L.

CARMONA, Jaime A. (2007). "El interaccionismo simbólico y la investigación psicosocial", A propósito de la Investigación: "Niñas soldados en los grupos guerrilleros y paramilitares en Antioquia, Colombia: vinculación, permanencia y desvinculación (2001-2006)". Tesis de Doctorado no publicada. Fundación Universitaria Luis Amigó, Medellín.

SULLIVAN, H. S. (1965). *Estudios Clínicos de Psiquiatría*. Trad. casto Buenos Aires, 1963. Trad. casto Barcelona.